

ellos, se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y de corazón contrito y humillado<sup>1</sup>, y oiga la absolución, con la cual se confirme el perdón recibido, y quede hábil para recibir el sacramento de la Comunión. Y así como el leproso debía raer los cabellos y pelos de su cuerpo<sup>2</sup>, y lavar sus vestidos y carne al presentarse al sacerdote, y luego ofrecía un cordero sin man-cilla, quedando así limpio de la inmundicia legal; así tú, al presentarte al santo tribunal de la Penitencia, has de raer tus cabellos, esto es, quitar todas las demasías de la vida vieja, y lavar con agua de lágrimas tu alma y tus vestiduras, que son tus obras, y de este modo estarás dispuesto para llegarte limpio á ofrecer el sacrificio del Cordero sin mancilla, Cristo Jesús, y á recibir su santo Cuerpo. Pues ¿de qué modo obedeces tú á la divina ley? ¿Cómo te preparas para la Confesión, y te aprovechas de ella? ¿Te llegas á la Comunión con las disposiciones debidas? ¡Oh Cordero mansísimo! Ahora veo el deseo encendido que abraza vuestro corazón de entregaros todo por nuestro bien. Mientras vivisteis vida mortal sobre la tierra, con las palabras y con los ejemplos predicasteis la obediencia á la ley que á Vos conducía, y cuando ya salís del mundo según vuestra vida mortal, tratáis de disponernos para que os podamos recibir en nuestras almas. Preparad, Señor, mi corazón con grande limpieza, para que os reciba con sumo provecho.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán cierto es que la necesidad es gran maestro para la oración! El leproso del Evangelio lo demuestra. Vese cubierto de asquerosa enfermedad, apartado de sus conciudadanos y amigos, y sepultado en el fondo de una selva. En tan triste situación, oye hablar de los milagrosos favores que dispensa el Señor. Al instante, con viva fe, sólida confianza, profunda humildad y reverencia y excelente resignación, se presenta á Cristo, y postrado á sus pies, le adora y dice: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Aprende esta jaculatoria para repetirla incesantemente en todas tus tribulaciones. Jesús, al ver la actitud humilde y suplicante del leproso, y, sobre todo, leyendo en su corazón los afectos más puros de confianza, rendimiento y conformidad con la voluntad divina, no resiste á la ternura infinita de su corazón, y así, contestando á la súplica del enfermo, responde: «Quiero; sé limpio». Y al instante huye la lepra, sana el enfermo, y éste alaba en su corazón la bondad, misericordia y omnipotencia del Salvador. ¡Bienaventurado el que confía en el Señor! ¡No se verá confundido eternamente! Pero, ¡qué celo muestra Jesús por la observancia de la ley antigua! La curación del leproso ha sido milagrosa, y así como Jesús le había librado de la lepra, podía también librarle del precepto de la ley;

<sup>1</sup> Psalm. I, 8. — <sup>2</sup> Levit., XIV, 8. — <sup>3</sup> Psalm. XXX, 2; LXX, 1.

mas no quiere. Al contrario, le manda que se presente al sacerdote y haga todo cuanto aquélla prescribe. ¿Qué aprecio haces tú de las leyes á que estás obligado? ¿Haces todo lo que te manda Jesús? ¿Deseas curar la lepra de tus pecados? ¿Cómo oras? ¿Qué virtudes practicas para limpiarte de ella? ¡Ah! ¡Si vieses á tu pobre alma cuál está á causa de las culpas en que ha caído! Te horrorizarías de tu propia figura. Ea, pues; levántate de tan miserable estado; propón, pide fortaleza y gracia para cumplir los propósitos, y no olvides el rogar por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás fines que acostumbras.

### 100.—CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS.

PRELUDIO 1.º Diez leprosos pidieron desde lejos á Jesús les sanase, y contestándoles que fueran á los sacerdotes, al ir, quedaron sanos; uno sólo de ellos volvió á dar gracias á Jesús.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á estos leprosos que se presenten á los sacerdotes.

PRELUDIO 3.º Pide las virtudes de la obediencia y gratitud á los beneficios del Señor.

**Punto 1.º** *Petición colectiva de los diez leprosos.*—Diez infortunados leprosos salieron al encuentro de Jesús, y desde lejos, á voces, le decían<sup>1</sup>: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Acerca de esto debes considerar primeramente las virtudes que ejercitan en su oración estos leprosos; los cuales dan muestras de profunda humildad y reverencia, clamando desde lejos, teniéndose por indignos de llegarse á Jesucristo, conociendo la vileza del mal que les aflige; muestran además grande confianza y admirable resignación, porque con saber el poder de Jesucristo, y la necesidad que tienen de su auxilio, no quieren pedir expresamente el remedio, contentándose con manifestar brevemente su situación, y remitiendo su alivio á la misericordia del Señor, por lo cual dicen: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Con estas virtudes juntaron la unión en el pedir, la cual puede mucho con Dios, cuando muchos que tienen la misma necesidad oran á una con caridad; porque pidiendo cada uno por todos, alcanza también para sí. Por lo cual dijo Santiago Apóstol<sup>2</sup>: «Orad unos por otros para que seáis salvos, porque vale mucho con Dios la oración continua del justo». Al contrario de los pobres de acá, que querrían pedir solos, porque, si piden muchos, cánsanse los ricos, y temen que no les darán limosna. Pero nuestro Señor no se cansa de que le pidan muchos, porque tiene para todos; antes gusta de que todos sus pobres tengan entre sí caridad, y les da de mejor gana su limosna. ¡Oh generosísimo y misericordiosísimo Maestro! Muchos leprosos somos en este mundo, figurados por estos diez, por-

<sup>1</sup> Luc., XVII, 12. — <sup>2</sup> Jacob., V, 16.



que quebrantamos los diez mandamientos de vuestra santa ley; aunque unos estamos muy más manchados que otros, tened misericordia de todos, limpiad los herejes de la lepra de su herejía; á los soberbios de la lepra de su soberbia; á los carnales de la de su sensualidad, y á mí con ellos, de toda la lepra que tengo en mis potencias interiores y exteriores, para que me convierta á Vos, diez veces más que me aparté de Vos<sup>1</sup>. ¿Qué lepra nos aflige y afea? ¿Cómo pedimos el vernos libres de ella? ¿Reune nuestra oración las condiciones necesarias?

**Punto 2.º** *Jesús mandó á los leprosos ir á los sacerdotes, y comenzando á obedecer, quedaron sanos.*—Considera cómo Jesucristo dió á los leprosos una mirada compasiva, y sin curarlos antes, como había hecho con otro enfermo del mismo mal, les dijo: «Id y mostraos á los sacerdotes; y ellos, obedeciendo, á medio camino quedaron sanos». En lo cual se ve que Jesucristo, no sólo exigió de estos leprosos fe y confianza, sino que quiso probar en gran manera su obediencia; porque ya antes de ser curados les mandó que fueran á los sacerdotes, siendo así que nadie debía presentarse á ellos sino después de limpio; mas ellos rindieron su juicio, y sin replicar ni detenerse, obedecieron á lo que se les mandó, y en comenzando á obedecer, sanaron; para que tú aprendas cuánto vale la obediencia rendida, puntual y presta, y cómo por ella el Señor hace milagros; y así no dudes nunca someterte á lo que Dios te manda, por sí ó por otro, aunque te parezca un despropósito. Pero, pondera la causa mística de este hecho; en él se te enseña que, si acudes á Dios por la salud del alma, aunque puede Él dártela por sí mismo, quiere de ordinario que primero acudas á sus sacerdotes ó confesores, y les descubras la lepra de tus pecados, aunque sea muy asquerosa, sin encubrirles nada. Y tiene misterio aquella palabra: *ostendite vos*, mostraos; esto es, descubriós todos al sacerdote, para que os vea, y conozca interior y exteriormente quiénes sois, sin encubrir cosa mala de cuantas hubiereis hecho, dicho ó consentido. Y de este modo lo has de hacer tú con espíritu de obediencia á Cristo. Los leprosos, en el camino quedaron limpios de su lepra, antes que llegasen á los sacerdotes; porque á los ojos de Dios la voluntad se reputa por obra, y el dolor perfecto de los pecados, con voluntad de confesarlos, basta para alcanzar la salud del alma y limpiarla de la lepra; aunque, sin embargo de esto, se ha de ir después al sacerdote. ¡Oh buen Jesús! Pues Vos veis mi lepra y la conocéis, ¿qué se me da á mí que la vea vuestro ministro? No quiero honra con los hombres, si con Vos no la tengo; podríaisme mandar que manifestara mi lepra á todo el mundo, y con razón lo mandarais; mas os contentáis con que la muestre al sacerdote: yo lo haré así para que me lim-

<sup>1</sup> Baruch, iv, 28. — <sup>2</sup> Luc., xvii, 14.

piéis de ella. ¡Oh alma mía! No te ruborices de confesar lo que te atreviste á cometer, y lo que ve Jesús no quieras ocultarlo á su ministro. ¿Obedeces á lo que te manda Jesús?

**Punto 3.º** *Ingratitud de nueve de los leprosos, y queja de Jesús.*—Considera cómo nueve de los diez leprosos curados prosiguieron su camino sin acordarse de volver á Jesús, á darle gracias del favor recibido; sólo uno, que era samaritano, regresó, y postrado en tierra le dió gracias por la merced que le había hecho. En lo que puedes ver cómo la mayor parte de los hombres, cuando se ven en necesidad y aprieto, son devotos é importunos con Dios, y tienen fe y confianza en su misericordia; pero en recibiendo el beneficio, y en viéndose con salud y prosperidad, se olvidan de Dios y no le dan las gracias convenientes. Lo cual desagrada mucho al Señor, y por este motivo ahora dijo en tono de sentimiento: «Diez fueron los curados; y los nueve, ¿dónde están?» Con cuya pregunta daba á entender que desaprobaba su conducta. En la persona del samaritano agradecido puedes ponderar cómo muchas veces los mayores pecadores, cuando reciben la salud del cuerpo ó del alma, ó algún otro beneficio, suelen ser más agradecidos, porque conocen más su indignidad, y estiman en más el favor, como dado á quien menos lo merecía; aunque, por otra parte, era más razón que los justos tuviesen mayor agradecimiento, por ser mayor el bien que reciben. Pondera, finalmente, de parte de Cristo la modestia con que se quejó de la ingratitude de los nueve, diciendo: «Ninguno volvió á dar gloria á Dios». No dice á dar gloria á mí, ó á darme gracias; para enseñarte que quien hace el beneficio no ha de pedir para sí el agradecimiento, sino para Dios, de quien todo lo bueno procede. Mira, finalmente, la blandura y amor con que acogió al samaritano, y le habló y honró, y atribuyó á su fe la salud recibida; y es de creer que le libró de la lepra de la infidelidad y de los demás pecados, enviándole sano de cuerpo y alma por aquel agradecimiento que mostraba. ¡Oh Señor de mi alma! ¡Cuán agradecido os mostráis con los agradecidos para que siempre tengan que agradeceros! Siempre querría agradeceros las grandes mercedes que me hacéis, aunque siempre quedaré corto y vencido en esta parte, porque mi agradecimiento es un nuevo beneficio que recibo de Vos, Bienhechor mío, á quien sea honra y gloria eternas. ¿Somos nosotros de los ingratos? ¿Imitamos al samaritano? En los favores que hacemos, ¿queremos para nosotros la honra y el agradecimiento?

**Epílogo y coloquios.**—¡Oh poder de la oración colectiva! ¡Cuán diferente es Dios de los hombres! Éstos no pueden tolerar que muchos á la vez les pidan, porque sus recursos son limitados, y dando á los demás, ellos se empobrecen; mas Dios nuestro

<sup>1</sup> Luc., xvii, 17.



Señor, que es riquísimo en misericordia é infinito en toda clase de bienes, lejos de cansarse cuando muchos le piden, se alegra y se digna estar en medio de ellos para ordenar con sus inspiraciones las oraciones que le dirigen. Estos leprosos lo acertaron; de lejos, en señal de humildad y reverencia, con gran clamor, significando su fervorosa devoción, le piden misericordia en general para manifestar su confianza y resignación. Jesús los mira compasivo, y los envía á los sacerdotes para que diesen pruebas de obediencia, como las daban de otras virtudes. Ellos obedecen, y, ¡oh virtud y eficacia de la obediencia!, antes que lleven á cabo la obra que se les ha encargado, ya se ven libres de la inmunda lepra. Mas ¡quién lo dijera! Diez reciben el favor de Jesucristo, y sólo uno vuelve á darle gracias, y éste samaritano. ¡Cuántos cristianos hay que obran de igual suerte! En sus necesidades piden, ruegan, importunan á Dios, le ofrecen grandes servicios y obsequios; y cuando han obtenido el remedio, se olvidan de su Bienhechor; y á veces los que más agradecimiento demuestran son los que menores beneficios han recibido ó más pecadores eran. ¿Has imitado tú la conducta de tantos ingratos á los beneficios de Dios? ¿Podrá Jesús decir de ti lo que dijo de estos nueve curados: dónde están? Muchos bienes y talentos ha concedido á tu alma: ¿has ejercitado los actos que exige la gratitud, que son: reconocer el beneficio, alabar al dador y pagarle con exceso en servicios ú otros medios? Confúndete, si has descuidado el cumplimiento de un deber tan sagrado: trata desde hoy de reparar tu falta, haciendo eficaces propósitos, y rogando con fervor para ti y para todos los demás.

#### 101.—CURACIÓN DEL CIEGO DE JERICÓ.

PRELUDIO 1.º Clamó un ciego á Jesús que tuviera de él misericordia; Jesús le preguntó qué quería, y habiendo respondido que ver, le dió la vista.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús preguntando al ciego qué quiere.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te conceda la vista espiritual de la fe.

**Punto 1.º** *Virtudes del ciego.*—Caminando Jesús por las cercanías de Jericó, un ciego que estaba junto al camino mendigando, oyendo que Jesús pasaba, dió voces, diciendo: «Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí». Y aunque la gente le reprendía y decía que callase, él daba mayores voces, diciendo lo mismo. En este hecho has de considerar primeramente las virtudes maravillosas que descubre este ciego en su oración. Estas fueron, grande fe y confianza en Jesucristo, creyendo que era Mesías, hijo de David y que era Dios todopoderoso, cuyo es tener misericordia, y por ella remediar nuestras miserias: gran

<sup>1</sup> Marc., x, 47; Luc., xviii, 35; Matth., xx, 29.

fervor y afecto en la oración, nacido del conocimiento de su ceguera y miseria, y de la esperanza que tenía en Cristo que le libraría de ella, y este afecto declaraba con su gran clamor: gran constancia y perseverancia, sin hacer caso de los que le reprendían y mandaban callar; antes, tomando de ahí ocasión para levantar más la voz y repetir la oración. En la persona de este ciego has de mirarte á ti mismo, ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasión, las cuales ciegan los ojos del alma, que san Bernardo llama conocimiento y amor. De donde se sigue que toda la vida estás sentado y ocioso, sin atender á las obras de virtud á que estás obligado, ocupándote en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo, alguna cosilla de deleite, honra ó interés que te entretenga la vida, lo cual es todo poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta tu gran miseria, has de clamar con grande afecto, viva fe y firme constancia á tu único remedador Cristo Jesús, pidiéndole tenga misericordia de ti, resistiendo entretanto valerosamente á los impedimentos de la oración; esto es, al tropel de imaginaciones que turban tu alma, de remordimientos que inquietan tu conciencia, y de varios cuidados que embargan tu espíritu y que quieren apartarle de tan saludable ejercicio. ¡Oh Jesús, Salvador mío! Libradme piadosamente, porque soy necesitado y pobre<sup>1</sup>, y mi corazón anda muy turbado: voyme deshaciendo como sombra cuando declina el día, y como langosta ando inquieto, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosegadlos, Señor, con firmeza, para que ore y os alabe con fervor. ¡Oh cristiano! ¿Conoces tu ceguera? ¿Qué medios practicas para curarte de ella?

**Punto 2.º** *Jesús manda al ciego que se acerque, y le pregunta qué quiere.*—Considera cómo Jesús, aunque oyó al ciego desde el primer clamor que dió, y decidió darle la vista, con todo, hizo como que no le oía, para probar su perseverancia y para que creciese más en él el deseo de la salud. Del mismo modo se porta no pocas veces con nosotros, difiriendo el concedernos lo que pedimos, para que se aviven nuestros deseos de alcanzarlo; mas luego muestra su clemencia, como la mostró en esta ocasión, parándose al oír la voz de este pobre ciego, y mandando que le trajeran á su presencia. Mira la alegría del ciego al oír que Jesús le llama<sup>2</sup>; deja sus vestidos, y saltando de placer, va donde estaba con grande gozo, por la esperanza de recobrar la vista. Tal es el gozo del alma que ha oído la divina inspiración que le llama á un estado perfecto, que luego con alegría abandona todas las cosas del mundo, para seguir desnudo á Cristo desnudo. Pondera el misterio que se encierra en la pregunta que hizo Jesús al ciego, diciendo: «¿Qué quieres que haga con-

<sup>1</sup> Psalm. cviii, 22. — <sup>2</sup> Marc., x, 50.



tigo?» Pues todo el mundo sabía lo que deseaba el ciego, y antes que todos el mismo Jesús, que penetra lo más recóndito del corazón; mas, hizo esta pregunta para dar á entender que no quiere dar los dones de su gracia sino al que quiere disponerse para recibirlos, teniendo verdaderos y eficaces deseos de ellos. Y así como el ciego, al oír la pregunta de Jesús, contestó al momento, *ut videam*, que vea, del propio modo has de pedirle la vista espiritual, que abraza principalmente cinco cosas: Dios, Jesucristo, su santa ley, tú mismo y las criaturas, y en ellas el Criador con los bienes inmensos de la gloria. ¡Oh Rey mío! Decid á mi alma lo que dijisteis al ciego: *Respice*; ve lo que deseas; ve mi divina voluntad para someterte á ella; ve mi grandeza para adorarla, mi misericordia para confiar en ella; ve las criaturas para menospreciarlas y adorar en ellas á su Autor. Decidme esto. Amado mío, porque vuestro decir es hacer, y diciendo que vea, luego quedaré con vista. ¡Oh alma! No te canses de orar, aunque no conozcas el fruto de tu oración. ¿Por qué desconfías del Señor cuando difiere concederte lo que pides? ¿Serás más constante en tus súplicas?

**Punto 3.º** *La curación del ciego fué atribuida á su fe, quedando él muy agradecido.*—Considera la palabra que añadió Jesucristo luego de haber dado la vista al ciego: «Tu fe te ha hecho salvo», con cuya palabra atribuyó Jesucristo á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia; y esto hizo para honrarle y para aficionarnos á esta virtud; pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedían vista: «¿Creéis que puedo dároslos?» Respondieron: «Sí, Señor». Pues, según vuestra fe, así se haga con vosotros; y tocándoles, vieron luego. Y es mucho de notar que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista de repente, y en un momento, por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veía no más que bultos de hombres, como árboles que se meneaban, y después vió claramente todas las cosas. En lo cual se representan dos modos que tiene el Señor de comunicar la luz espiritual y perfección del espíritu: uno extraordinario y momentáneamente, como hizo con Saulo; otro ordinario, poco á poco, y por sus grados, comunicando primero un conocimiento obscuro de sus misterios, después otro más claro, creciendo la claridad según crece la disposición, hasta llegar á ver las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas como si las viese, subiendo de claridad en claridad hasta transformarse en imagen de su gloria. Pondera, por último, cómo el ciego, viéndose ya sano, seguía á Cristo, glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que,

1 Matth., ix, 28. — 2 II Cor., iii, 18.

olvidado de todas las cosas, se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual también se representa que la luz interior que Jesús comunica en la oración tiene por fin el seguirle, imitando sus virtudes con perfección, ocupándose en sus alabanzas con acción de gracias por los beneficios recibidos. ¡Oh Salvador mío! ¿Qué maravilla es que, abriéndome Vos los ojos del alma para veros, quiera seguiros? ¿Cómo no seguiré tanta bondad? ¿Cómo no imitaré tanta santidad? Más merced me hacéis Vos en admitirme para que os siga, que yo servicio en querer seguir. Sigue, alma mía, á este divino Señor, que ha dicho: «El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida en este mundo y en el otro.

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué oración tan eficaz fué la de este afortunado ciego! ¡Qué virtudes tan excelentes la acompañaron! Firmemente convencido de la bondad y ternura de Jesús y de su inmenso poder, conocedor de su propia miseria y necesidad, levanta la voz, y grita con gran clamor: «Jesús, hijo de David, tened compasión de mí». Jesús no le responde al instante, mas no importa; él repetirá la súplica; las gentes le increpan, y dicen que calle; mas él clama con mayor brío. ¡Qué fel! ¡Qué constancia! ¡Qué confianza! Tales virtudes no podían dejar de atraer las gracias del Salvador. Y, en efecto; hace alto en su carrera; manda que le traigan al suplicante ciego, y teniéndole delante de sí, le pregunta con cariño: «¿Qué quieres que haga contigo?» ¡Oh ternura más que paternal de Jesús! ¡Preguntar á una vil criatura suya qué desea que obre en ella! Señor, que vea, dice el ciego. Pues ve, responde Jesús; tu fe te ha salvado. ¿Quién puede llegar á comprender el inmenso tesoro de bondad, omnipotencia, amabilidad y dulzura que descubre Jesús en este hecho? ¿Quién no se sentirá animado y con grande aliento para acercarse á Jesús, y presentarle sus necesidades, y confiar en su misericordia, y concebir la mayor seguridad de ser socorrido? Ya no admira que el ciego agradecido siguiese á Cristo, alabando á Dios. Lo que sorprende es que nosotros estemos todavía ciegos en el espíritu, ociosos toda la vida, y mendigando de las criaturas que pasan por este mundo un efímero gusto, viendo la facilidad con que podríamos recibirlos muy dulces y duros, acudiendo á Jesús, nuestro universal remediador, en la forma que lo hizo este ciego. ¿De qué medios nos hemos de valer para esto? ¿Cómo hemos de rogar? Pensémoslo con atención; propongamos aquello que nos convenga según el estado actual en que nos hallamos, y roguemos con fervor y confianza.